



Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario...*

RODRIGO DÍAZ CRUZ**

Hace algunos años, en una conversación en la que reflexionábamos sobre las relaciones entre tecnología, historia y cultura en México, Leticia Mayer nos llamó la atención sobre un mural de Diego Rivera que está en el Palacio de las Bellas Artes: “El hombre domina el universo mediante la técnica”. Como se recordará, en el mural aparece un hombre, un obrero en realidad, que manipula una máquina; está parcialmente cubierto por una desordenada serie de instrumentos científicos y técnicos. Este hombre mira, sin duda, al futuro. En contraste con el resto de la obra de Diego Rivera, con sus figuras más queridas y mejor representadas, este obrero no es mestizo ni indio, es un güero fortachón con enormes dedos: extensiones evidentes del pensamiento y la creatividad humanas; constituye el caso paradigmático del hombre controlador del universo. En tanto objeto cultural, nos proponía en aquella ocasión Leticia Mayer, este mural comunica uno de los significados culturales dominantes que ha tenido —o, con algo de optimismo, que tuvo— la

tecnología en México: distante, ajena, difícilmente propia. Si traigo a colación esa escena es porque el libro que aquí me ocupa, según creo, continúa en algún sentido aquella reflexión sobre los significados culturales dominantes en México. Pero ahora el centro de la indagación no es la tecnología, sino la estadística. Mejor: el pensamiento estadístico que una pequeña comunidad científica impulsó en México en la primera mitad del siglo XIX.

Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX es no sólo un libro sobre la historia de la ciencia en México —un campo que merece una exploración más frecuente y prolífica entre nosotros, para reconocernos en ella y comprender mejor nuestra circunstancia—, también ofrece una reflexión antropológica de dicha historia. Si en el mural de Diego Rivera el dominio se ejerce sobre el universo a través de la técnica, el pensamiento estadístico, en tanto ciencia utilitaria, tuvo como propósito —nos demuestra Leticia Mayer en su li-

bro— controlar a la población. Más aún, tener acceso a este saber, se asumió, permitiría ganar guerras, paradójicamente poco antes de la derrota ante los Estados Unidos a mediados del XIX. Pero más que eso, y en ello encuentro una de las principales virtudes del libro, la autora analiza la estadística en tanto texto cultural, “en el cual la veracidad de la noticia no tiene importancia, dado que lo que interesa es el mundo pensado: qué tipos de datos suscitaban la atención de los científicos, cómo se interpretaron y qué utilidad quiso dárseles” (p. 27). Como complemento necesario a esta preocupación, también elucida los significados culturales con que la élite intelectual del país dotó a tal conocimiento utilitario.

En el México que siguió a la Independencia, en el siglo en que se crea y fortalece la idea de nación, la comunidad científica mexicana de la primera mitad del siglo XIX hizo del pensamiento estadístico un instrumento privilegiado no sólo para conocer al país que se constituía, sino para crear más bien el imaginario nacional de lo “nuestro” y establecer las condiciones de posibilidad de su propia superación: “El grupo de científicos que impulsó la estadística, escribe Leticia Mayer (p. 27), vivió una cultura en la cual la ciencia implicaba la utilidad, la posibilidad de cambiar, recrear y realizar una utopía”. En una época que estaba genuinamente convencida del enorme éxito de las ciencias básicas y naturales, que concebía a la naturaleza sólo en términos de la total simetría y armonía de sus elementos, y que podía ser descrita y analizada por un lenguaje sin ambigüedades, como el lenguaje

* Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 1999.

** Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

de las matemáticas, cómo no reconocer la placidez que da la certeza de alcanzar lo imposible, el zarpazo al futuro: la utopía, mediada por la razón, adquirió la palpable posibilidad de un aquí y ahora. Si aquellas ciencias descubrieran una tras otra las leyes de la naturaleza que la explicaban, y por las cuales se la podía dominar, para la comunidad científica de la primera mitad del XIX la estadística representó un instrumento precioso para conocer las leyes sociales, gracias a las cuales se podrían instrumentar programas de reformas sociales y constituir un Estado científicamente organizado. Entrar al cielo de un imaginario adquirió, así, la palpable posibilidad de un aquí y ahora. Y es que, como señala la autora, el pensamiento determinista, que “comenzó a irrumpir en los ámbitos de las ciencias del hombre” desde finales del siglo XVIII y durante el XIX (pp. 21-2), era el dominante en la comunidad científica estudiada. Aquí tal vez hubiera valido la pena un sabroso abundar en torno a la clase de determinismo que esa comunidad asumía, pues al mismo tiempo que convenía con él, reconocía que era posible modificar las conductas sociales.

En el mundo pensado era el genuino conocimiento de las determinaciones sociales, la ciencia, y sobre todo las ciencias utilitarias como la estadística, lo que contribuiría a desarraigar en el hombre sus legendarias trabas: el dogma, el mito, la leyenda, el prejuicio, las supersticiones. No es producto del azar que Francis Galton, primo de Darwin, y gran innovador de la estadística, se haya ocupado de medir curiosamente la eficacia de las oraciones religiosas mediante pruebas estadísticas. El estudio de Galton

se concentró en los ruegos por la lluvia y en los rezos por la salud de la familia real. Los resultados estadísticos certificaron la inutilidad de la plegaria.¹ Por su parte, el conde de la Cortina, gobernador de la ciudad de México entre 1835 y 1836 y acaso el principal científico de la época, nos ilustra Leticia Mayer, cree demostrar que la criminalidad en la ciudad de México era treinta veces menor que la de París, y que “entre nosotros el matrimonio endulza más las costumbres, o enfrena más las pasiones”, ya que la cantidad de delincuentes parisinos casados es muy superior en proporción que la de sus correspondientes mexicanos (pp. 62, 66). No es casual en consecuencia que la autora nos proponga la categoría de *estadísticas de la moral* para dar cuenta del significado “denso” de las estadísticas en tanto texto cultural. Las estadísticas de la moral confirieron un valor real a una ficción analítica con dos cabezas: por un lado la del “hombre-tipo” y por otro su inevitable complemento, aquellos que se desviaban de la norma. En efecto, a partir de la década de los veinte del XIX, se puede leer en el libro, “empezaron a llevarse registros de desviaciones de la norma: cuál era la población que actuaba de acuerdo con lo que se consideraba la regla y quiénes pertenecían a los grupos que se desviaban de lo habitual”. Así surgieron “las clases peligrosas” de la sociedad, o bien los grupos no deseados por el estado (p. 24). “En el centro de la reflexión—continúa Leticia Mayer—estaba la idea de que se podía controlar y mejorar un grupo de la población atípico mediante el recuento y la clasificación del mismo” (p. 60).

Un libro es agradable y fecundo cuando propicia diversas clases de

lecturas: lecturas informativas, lecturas apropiadoras y argumentadas, lecturas “itinerantes”. Las lecturas “itinerantes” permiten que despleguemos nuestra imaginación centrífuga;² que relacionemos con cierta dosis de libertad el texto leído con otros temas, en apariencia no tan cercanos; son lecturas que nos conducen a atar cabos sueltos que responden a otras inquietudes y preguntas, y que desde luego suscitan nuevas interrogantes. No dudo en señalar que el libro de Leticia Mayer propicia sobradamente esta clase de lecturas heterogéneas. Me propongo exponer muy brevemente una de esas lecturas “itinerantes” que el libro me provocó; mejor: un vínculo que su lectura me descubrió entre la estadística, las estadísticas de la moral y las representaciones y usos del cuerpo.

Si con Galileo, como ha escrito un célebre historiador de la ciencia, se inició la geometrización del espacio, las estadísticas—según fueron entendidas en el siglo XIX—permitieron representar cuantitativamente la textura moral de los cuerpos. En 1735 Linneo publicó su *Systema Naturae*, que constituye el primer intento por clasificar físicamente a los seres humanos desde el campo institucionalizado de la ciencia. Con él surgió una nueva forma de entender al cuerpo físico: a partir del color de la piel, el cuerpo sirvió no sólo como criterio de clasificación, sino lo que es más importante, como criterio de evaluación moral. Esta asociación singular entre cuerpo y moralidad, entre un cuerpo mensurable que refleja estados morales, permitió el surgimiento de la craneología y de la frenología en la primera mitad del siglo XIX. Según estas disciplinas, las facultades mentales, lo-

¹ Este dato lo tomo de Kuper, 1996: 114.

² Véase Pereda, 1998: 22 y ss. para una discusión sobre una tipología de textos y lecturas.

calizadas en diferentes áreas del cerebro, podían ser determinadas científicamente al medir las respectivas áreas del cráneo. Sus implicaciones fueron desastrosas como bien sabemos, ya que las manos divinas y la labor de la naturaleza fueron invocadas recurrentemente para legitimar la conquista y la colonización, la esclavitud y la desigualdad, la opresión y el genocidio. De la craneología y la frenología surgieron los llamados “tipos de humanidad”, esto es, los tipos “inferiores” y “superiores” de humanidad, y su consecuente atribución a las razas, naciones, grupos y aun a los géneros. Los “tipos de humanidad”, se decía, estaban determinados tanto científica como biológicamente: bastaba con “leer” cuantitativamente las protuberancias y el tamaño de los cráneos para evidenciar quiénes eran “superiores” y quiénes “inferiores”. De esta suerte, el cuerpo físico, su sola e irreductible materialidad, se transformó en cuerpo político: o bien sujeto de dominio o bien objeto de la dominación. Las estadísticas de la moral a las que alude Leticia Mayer aparecieron con sobrecogedora fuerza: el infierno de una realidad. Por añadidura, ciertos rasgos físicos, sobre todo del rostro, un rostro que a partir del Renacimiento comenzó a tener una expresividad psicológica, empezaron a revelar una mayor susceptibilidad al crimen, a determinadas enfermedades, a ciertas disposiciones antisociales: las estadísticas mostraron, evidenciaron, con certeza numérica, a las “clases peligrosas” de la sociedad o a los grupos no deseados por el Estado. De este modo el cuerpo también se convirtió en cuerpo simbólico, en cuerpo impuro y contaminante como ha dicho Mary Douglas, al “considerar los poderes y peligros que se le atribuyen a la estructura social como si estuvieran reproducidos en pequeña escala en los cuerpos humanos” (1973: 156).



Pero hay otro sentido en que se establece el vínculo entre la estadística, las estadísticas de la moral y las representaciones y usos del cuerpo que, si no me equivoco, recorre sutilmente todo el libro que aquí se comenta: el de la regulación de la población, pero ya no en tanto cuerpos físicos singulares, objetos de la dominación, cuerpos impuros y peligrosos, sino el cuerpo de la especie y el cuerpo de las razas o de las naciones. Lo que Michel Foucault ha denominado la *biopolítica* de las poblaciones. Para este pensador francés tanto el crecimiento demográfico de las ciudades a partir del siglo XVIII como el creciente desplazamiento territorial de los grupos hicieron aparecer a la “población” en tanto objeto de innumerables tecnologías y de estudios científicos —en particular como objeto del discurso médico—. “En 1827, nos informa Leticia Mayer, se publicó la primera estadística que abarcaba otro tipo de desviación: la enfermedad (...) La mentalidad utilitaria del siglo XIX, que intentaba controlarlo todo, unió la

moral a la higiene y la limpieza (...) gracias a[esos] registros de desviación de la norma se inició la planeación de campañas de salud ligadas a una mentalidad vigilante” (p. 51). El pensamiento determinista y utilitario con que la estadística se organizaba devino en mentalidad vigilante de la población. Hubo sí una vocación filantrópica en la comunidad científica mexicana de la primera mitad del XIX, vocación sustentada en la estadística y en las estadísticas de la moral, pero éstas presuponian inevitablemente insertar a la población en una red, potencialmente terrible, de relaciones de poder y dominio. Y esta relación entre estadística y poder, me parece, está presente sutilmente a lo largo de todo el libro.

Quisiera finalmente señalar otro logro del libro, el relativo a sus análisis de los rituales académicos —para no abundar, por ejemplo, sobre la reconstrucción que Leticia Mayer hace de las redes sociales de la comunidad científica, o de las consideraciones que plantea sobre un drama social, o de su exposición

en torno al estrecho vínculo que esta comunidad estableció entre religión católica, ciencia y progreso, merecedores cada uno de estos asuntos de lecturas "itinerantes". Después de la invasión norteamericana de mediados del XIX, la comunidad científica organizó un ritual académico que se celebró en 1848 en el Colegio de Minería, que los invasores habían utilizado como cuartel. Leticia Mayer señala que ese ritual reparador se esforzó por emitir, después del agravio, un mensaje de unidad tanto de la comunidad científica como de la comunidad nacional. A diferencia de algunos estudiosos de los rituales que hubieran inferido de esta ceremonia un genuino acto de identidad y unidad, una inequívoca presencia de la *communitas*, Leticia Mayer arguye que se trató en realidad de la

expresión de una unidad simulada que "hizo referencia únicamente al mundo ideal y no a la compleja realidad social" (p. 173). Volvemos al mundo pensado, a los esfuerzos, nunca vanos, de una comunidad científica empeñada en reconstruir y recrear el imaginario nacional de lo "nuestro" y establecer, porque así lo creía con convicción, las condiciones de posibilidad de la superación del país: de un país pensado, pero que orientó las acciones, muy distinto al vivido. En cualquier caso una vulnerable comunidad científica que se desplazaba intermitente, apasionadamente, entre una realidad oprobiosa y un imaginario esperanzador. Y aquí vuelvo a aquel mural de Bellas Artes, pero ahora con la lectura del libro que aquí he comentado, y me pregunto si ya podemos formar parte de él, si po-

demo incluirnos en él, y tolerar fecundamente la omisión que hiciera Diego Rivera. Leticia Mayer nos ha enseñado con inteligencia y claridad que sí, aunque sólo reconociéndonos en, aprendiendo de y asumiendo ese pasado tan distante, y sin embargo tan cercano.

Bibliografía

- DOUGLAS, MARY
1973 *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid.
- KUPER, ADAM
1996 *El primate elegido. Naturaleza humana y diversidad cultural*, Crítica, Barcelona.
- PEREDA, CARLOS
1998 *Sueños de vagabundos. Un ensayo sobre filosofía, moral y literatura*, Visor, Madrid.